97-84006-12

Melo, Leopoldo

El centenario de Sarmiento en la Facultad...

Buenos Aires

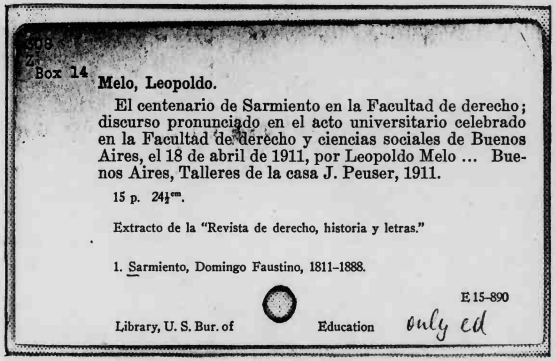
1911

97 84006-12
MASTER NEGATIVE #

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD



RESTRICTIONS ON USE: *Reproductions may not be made without permission from Columbia University Libraries.*

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 12:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 1/16/97 INITIALS: AR

TRACKING # : MSH 20207

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

BIBLIOGRAPHIC IRREGULARITIES

MAIN ENTRY: Melo, Leopoldo

El centenario de Sarmiento en la Facultad de derecho

Bibliographic Irregularities in the Original Document:

List all volumes and pages affected; include name of institution if filming borrowed text.

_____Page(s) missing/not available:_____

_____Volume(s) missing/not available:_____

_____Illegible and/or damaged page(s):_____

_____

_____Page(s) or volume(s) misnumbered:_____

_____Bound out of sequence:_____

_____Page(s) or volume(s) filmed from copy borrowed from:_____

_____

X pagination begins with page [3]
_____Other:_____

_____

_____Inserted material:_____

TRACKING#: MSH20207

OBSEQUIO DEL
MUSEO SOCIAL ARGENTINO
BUENOS AIRES

EL CENTENARIO DE SARMIENTO

EN LA

FACULTAD DE DERECHO

Discurso pronunciado en el acto universitario celebrado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, el 18 de Abril de 1911

POR

LEOPOLDO MELO

Consejero y Profesor

308
Z
Box 14

Extracto de la "REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS"

BUENOS AIRES

246973 — Talleres de la Casa Jacobo Peuser

1911

I

Señor Decano:

Señores:

Terminaba el año 1868. Los pueblos de la República acostumbrados á no escuchar sino los bandos militares que los llamaban á las filas, ó para engrosar las turbas del caudillo, ó para defenderse de las asechanzas y emboscadas de éste, y en los últimos tiempos para dominar las huestes invasoras del tirano del Paraguay, y á tener como morada el cuartel ó el campamento, comenzaron con sorpresa á sentir notas casi olvidadas ya, bien distintas del agudo sonido de clarines, del rumor confuso de las masas de caballería, ó del ruido metálico de aceros y que les traían, no el viejo y enardecedor mensaje de la Asamblea en la plaza ó el cuartel, sino el tranquilo emplazamiento á la escuela y al colegio.

El mensaje venía de la cumbre. Un hombre nuevo había llegado á ella, y penetrado de la sencilla psicología de las colectividades que obedecen á mandatos y vacilan y se confunden delante de las demostraciones, era él quien con acento enérgico señalaba el recinto adonde para el porvenir daba cita de honor á los argentinos.

Y el fuego sagrado que enciende el patriotismo, alimentado antes en el fragor de combates, abandonado el templo

simbólico, quedó confiado á la escuela como vestal de virtud republicana, decretando ese mismo magistrado, que era complemento de la historia la instrucción cívica, y mandado que así se enseñara en el Colegio Nacional de Buenos Aires, á partir de febrero de 1869, por José Manuel Estrada.

Una feliz iniciativa y coincidencia quiere, pues, que al oficiarse por primera vez en esta casa un homenaje á las virtudes cívicas de uno de los nuestros con ocasión del centenario de su nacimiento, el homenaje se tribute á quien vivió su vida y su Gobierno persiguiendo el anhelo supremo de proscribir para siempre del suelo argentino «la barbarie y la ignorancia». A Domingo Faustino Sarmiento.

Y permitidme que anote otra coincidencia: Este Presidente que en 1869 decretaba como obligatorio para las nuevas generaciones de argentinos que cursaran estudios secundarios, el aprendizaje de las instituciones republicanas y el culto de nuestros antepasados ilustres, en 1841, simple ciudadano, viviendo la vida del proscripto, se decretaba también para si notoriedad en el país extranjero que lo albergaba, con una lección de moral cívica encerrada en la famosa página por la que se inició como colaborador de «El Mercurio» de Valparaiso, en el aniversario de Chacabuco, página dantesca dirigida á los jóvenes que olvidando gloriosas tradiciones de sus mayores se debatían por intereses y pasiones mezquinas, emplazándolos delante del tribunal de la historia con este anatema apocalíptico: «Un día el viajero que pase la famosa cuesta verá asociados en el mármol los nombres de O'Higgins y Prieto, Las Heras y Bulnes, Lavalle y San Martín, Necochea y Soler y tantos otros patriotas ilustres cuyos nombres han de sobrevivir, mientras que nosotros pasaréis obscuros sin que nada de grande haga olvidar vuestras miserias de partido, vuestra ingratitud y vuestro egoísmo».

El pensamiento que hoy nos congrega viene, pues, á ser fruto de simiente depositada en tierra americana por el mismo Sarmiento, el más eminente sin disputa de los argentinos que organizaron la República.

La Universidad habría dejado de llenar una de sus funciones de organismo viviente, si hubiera permanecido extraña y con

sus puertas clausuradas á estas palpitaciones del sentimiento nacional, desentendida de la realidad y absorbida por el comentario y la explicación de textos.

Las ordenanzas y reglamentos no alcanzarían á animarla con soplos de vida duradera si se dejara de vincularla á las necesidades sociales y aspiraciones del alma argentina, y se olvidara de buscar en ella las corrientes perennes de su vitalidad.

II

El genio suele arraigar y desarrollarse más vigorosamente en las horas de las grandes crisis que en los días plácidos de la tranquilidad, y los supremos destellos del pensamiento han fulgurado casi siempre con mayor intensidad en momentos de agitaciones y turbulencias.

Un filósofo ilustre hacía notar que la literatura romana había dado sus notas más grandiosas y originales en la época de las proscripciones y de las guerras civiles; que en los campamentos y en medio de los azares de una vida aventurera meditó Descartes su método; y que el siglo de Lutero y de Rafael, de Miguel Angel y Ariosto, de Montagne y Erasmo, de Galileo y Copérnico, fué también de los más fecundos en sangrientas luchas é incesante batallar.

Sarmiento nació y se educó en uno de esos períodos de crisis de nuestra vida nacional. Sus primeras impresiones de niño las recogió en horas sombrías y de incertidumbre, en esa ebullición de pasiones y egoísmos que tuvo como coronamiento la tiranía.

Su visión de gigante no se detuvo empero dentro de ese escenario, sino que, colocado en la cumbre, vió claridades que encendieron en su espíritu la intensa fe del apostol, y lo convencieron de su misión de conducir y dominar pueblos.

Sólo sus fuerzas ciclópeas pudieron mantenerlo en jornada no interrumpida comenzada en la mañana de nuestra revolu-

ción y terminada ayer, cuando nuestra República había resuelto sus problemas institucionales con su intervención decisiva, ó con su consejo.

La vida de este gran ciudadano que fué toda acción, no puede ser resumida dentro de una exposición académica, porque es la encarnación viviente de la historia toda de la sociedad argentina durante medio siglo, en sus desfallecimientos como en sus culminaciones, en los horas obscuras, como en los días plácidos y de sonrientes esperanzas.

Es por esto que Aristóbulo del Valle, el argentino más autorizado sin duda para aquilatar las proporciones de la obra titánica de Sarmiento por haber llegado á alturas más próximas, exclamaba delante de su féretro: ¿Y quién podría abarcar en breve oración tan grande personaje y tan larga vida, ni mucho menos satisfacer el anhelo público que quisiera ver aparecer de nuevo evocada por la elocuencia esa figura característica y representativa de la civilización sudamericana?

Os recordaré entonces algunos de los hechos que más la caracterizan é iluminan, recogiéndolos de dos períodos en los que mejor se destaca su majestuosa grandeza: en el de la separación de Buenos Aires de la Confederación; y en el de su Presidencia.

III

Existe una década de nuestra historia nacional de las más próximas á nosotros y que por esta misma proximidad hemos estado acostumbrados á representárnosla por la visión del narrador, olvidando que sentimientos muy humanos impedían que éste pudiera llegar á una reconstitución exacta de ella.

En este período, al cual han llevado nuevas luces documentos entregados á la publicidad en los últimos años, es donde la personalidad de Sarmiento desborda del molde en que aparecen vaciados los argentinos de su generación, transparentando una nobleza de ideales y una firmeza de propósitos que sólo tiene símil en los fundadores de la Gran República del Norte.

Poseído de su alta misión de asegurar á los argentinos el Gobierno libre de la Constitución americana, desdeña y execra las rivalidades localistas de ciudades ó pueblos, y batalla sin darse reposo por alcanzar una organización nacional, que, amalgamando el sentimiento de los distintos grupos, resuma sin vasallajes el poder de todas las provincias, y sea el exponente de su igualdad.

La visión que nos ha ofrecido algún escritor de un Sarmiento, cediendo á sentimientos personales y al empuje de facciones en los días de recelos y desconfianzas que siguieron á Caseros, debe ser reemplazada por la del Sarmiento auténtico, que él mismo se ha encargado de legar á la posteridad en uno de esos vuelcos espontáneos de su espíritu, ante todo argentino, y guardián siempre de la integridad de la nación.

Así en carta que escribía desde Chile á Mitre, el año 1854, explicándole, por qué no acompañaba á Buenos Aires en su campaña separatista, ni aceptaba la diputación que se le ofrecía, expresaba: «La segregación temporal (de Buenos Aires), me espanta porque no veo cuándo habrá de cesar. ¿Será cuando Buenos Aires pueda imponer sus condiciones? Esto es insostenible. Pero designado diputado por la Legislatura de aquella provincia, argentina, antes, hoy estado extraño, no he podido resolverme á romper con todos mis antecedentes. A Buenos Aires le sobran hombres; y renunciar á mi calidad de provinciano cuando las provincias corren el riesgo de verse forzadas de formar Estado aparte, me ha parecido que no debía hacerlo sin reflexión. Es probable que vaya á residir definitivamente á Buenos Aires. Si tal sucediese, como vecino, como domiciliado, tomaré parte en sus cosas. Buenos Aires incorporado, será el modelo, el campeón, el guía, el jurisperito. Yo me quedaría, pues, con mis sanjuaninos, que los pobres luchan hasta hoy sin poder siquiera simpatizar con Buenos Aires, pues este antiguo amigo y deudo se ha establecido en casa aparte y echado barda en la pared divisoria».

Y si llegado después á Buenos Aires, como vecino se mezcló en sus intereses locales, planteada otra vez la contienda nacional, se sintió de nuevo argentino, y sonó en sus labios la nota más alta y magnífica de su oratoria, al proponer en la Convención de Buenos Aires, en la sesión del 11 de mayo de 1860, que se abandonara el nombre de Confederación Argentina, para «abrir una nueva era con un nombre glorioso y significativo que pueda obrar sobre los espíritus en las actuales circunstancias y reunir todos los ánimos en un centro común y hasta olvidar las disensiones de los partidos, poniendo fuera del camino todos los hechos aciagos y los recuerdos que puedan estorbar nuestra marcha de progreso y unión».

«No soy provinciano, exclamaba, sino como parte de la gran familia argentina; no soy porteño, sino en cuanto argentino».

Y esta misma justa energía con que hablaba á Buenos Aires al iniciarse la contienda armada, la había ejercitado á su turno con las otras trece provincias, señalando y caricaturando los errores de la Constitución del 53, y reclamando una revisión que asegurara la integridad territorial y la organización nacional por concesiones recíprocas, que unieran á todas en un cuerpo de nación mostrándoles el peligro de la intolerancia y la urgencia de esa revisión, recordándoles á ese efecto que las pasiones políticas ni consultan la conveniencia, ni se someten al análisis de la lógica; sino que son fuerzas de impulsión que marchan fatalmente á resultados casi siempre ignorados que nadie podía asegurar adonde iría á detenerse la escisión; que no hubo razones más concluyentes ni comenzó por más la segregación del Paraguay, del Uruguay, de Charcas, de Potosí y de Cochabamba, y que Centro América, con más reducido territorio se fraccionó en tres Estados que no se habían vuelto á reunir.

El soberbio miraje actual de la nación, fuerte é indisoluble eliminado para siempre el peligro de la segregación por abjuración recíproca y patriótica de errores y egoísmos de los mismos que lo produjeron, no debe impedir, que traigamos á nuestros ojos el cuadro de los Estados de Centro

América, que ya nos indicaba Sarmiento el año 1853, y aquilatemos entonces en toda su magnitud la patriótica videncia de quien nos apartó del abismo, cimentando esa grandeza de que hoy nos enorgullecemos.

Finalizada esa penosa etapa de la ascensión, al volver la vista atrás, tenemos que apercibimos que él fué el primero en sentir honda é intensamente, las corrientes del sentimiento nacional desviadas y debilitadas por luchas y enconos, entre los distintos pueblos, y que es con justo é indiscutible título que la voluntad nacional en veredicto solemne y espontáneo formulado el día mismo de su muerte, lo ha consagrado entre sus elegidos identificándolo con la patria misma y sus sagradas tradiciones.

IV

Faltaba todavía más de un año para el 12 de octubre de 1868, fecha en que debía terminar el período constitucional de la Presidencia de Mitre, y se debatía ya apasionadamente en los círculos políticos, quién debía sucederlo en la primera magistratura de la República.

La difícil situación económica derivada de luchas internas, incesantes y de la guerra con el tirano del Paraguay, al hacer sentir sus efectos sobre todos los habitantes de la nación, conjuntamente con otros factores de orden político, avivaban la llama de esta contienda.

Un bando levantó la candidatura de Elizalde, y otro, después de vacilaciones, la fórmula Sarmiento-Alsina, fórmula que todavía se intentó más tarde modificar en su primer término, reemplazando el nombre de Sarmiento por el de Urquiza.

Sarmiento, después de haber desempeñado la Gobernación de San Juan, en la que señaló su estadía por múltiples iniciativas de progreso y por sus pleitos sobre atribuciones constitucionales con el Gobierno central, se había ausentado

al extranjero y desde el año 1865, representaba á la República ante el Gobierno de los Estados Unidos, en cuya nación una de sus Universidades, la de Michigan, acaba de incluirlo en la lista de doctores por sus servicios á la causa de la educación en América.

Al conocer la designación contestó aceptando la candidatura y expresando que su programa estaba en la atmósfera.

A pesar de haber presentido su advenimiento á la primer magistratura, desde veinte años antes, en 1848 al regresar de su primer viaje de Europa, época en que hizo repartir profusamente en Chile y en las provincias de Cuyo su retrato con esta original leyenda: «Domingo F. Sarmiento. — Teniente coronel y futuro Presidente de la República Argentina», lo inquieta y emociona el desenvolvimiento del proceso electoral, inspirándole interesantes notas en un cuaderno de apuntes del viaje de regreso, en el que esboza sus impresiones, notas de las que tomo como más sugerentes estos renglones: «27 de agosto de 1868. — Hanme hecho racional y sobrio las dudas, la incertidumbre del éxito final que desde el principio ha venido dejando algo por resolver. Dura ya un año este aspecto de las cosas. El vapor siguiente debía traer luz y aseveraciones concluyentes. Salí de los Estados Unidos con esta sombra por delante». 28 de agosto, escrita en Montevideo. «Amanece y en la cama me saludan Presidente electo, escrutado, aprobado y debidamente proclamado. En prueba de ello me muestran el discurso de clausura de la sesión pronunciado por el venerable doctor Alsina. Léolo y reléolo y saco en limpio, por su tenor, que se ha elegido por Vicepresidente á su hijo Adolfo, nombrado dos veces objeto del discurso de clausura. Sospecho que lo he sido yo también, por añadidura, por la alusión á los magistrados de que se habla al fin. Si no lo hubiera sido, hablaría en singular, el magistrado, mi hijo Adolfo, con lo que me tranquilizo».

En posesión de la Presidencia, honra desde la primera hora la majestad de la investidura y en sus discursos-mensajes hay una riqueza é intensidad de notas y un vigor en las

ideas que sus percepciones gravitan con el poder de lo vivo y de lo real al ser transmitidas.

Para explicarnos á este Presidente, á quien lo vemos en seguida preocuparse con la misma atención de graves cuestiones institucionales, que de la subvención á escuelas, fundación de bibliotecas ó la construcción de alambrados para delimitar nuestras pampas, preciso es recordar que ésta fué la característica del genio americano; y así vemos á Jefferson que con la propia mano que se consagra á la inmortalidad redactando el acta de la independencia, escribe comunicaciones á corporaciones científicas, conteniendo instrucciones sobre el mejoramiento de máquinas agrícolas; á estadistas como Daniel Webster, que compartían su tiempo entre la dilucidación de los arduos problemas de la política y la manera de alcanzar el perfeccionamiento de arados, y narrarnos sus ensayos, con estos entusiasmos: «Cuando empuñé la mancera de mi grande arado y oí cómo crujían las raíces y ví cómo desaparecían los troncos en las profundidades del surco y observé cómo la superficie quedaba deshecha y unida, sentí mayor satisfacción por mi obra, que la que nunca me fué dado experimentar en las grandes luchas parlamentarias de Wáshington».

En los primeros dos meses y medio del año 1868, su labor de gobernante quedó exteriorizada ya en resoluciones sobre la construcción de ferrocarriles, la creación de un departamento topográfico, la fundación de una escuela superior en La Rioja, la revisión de un proyecto de código penal, la apertura al público de las bibliotecas de los colegios nacionales, la mejora del servicio de los correos, la creación del Colegio Nacional en San Luis, la formación de una Exposición de Artes y productos nacionales, en la ciudad de Córdoba; en medidas encomendadas á asegurar la moralidad administrativa, á apresurar la terminación del ferrocarril Central Argentino y estudiar nuevas vías férreas, de organizar la estadística general de las Aduanas y ejercitar en toda su latitud el derecho de patronato, ordenando que en lo sucesivo se cumplieran las leyes de Indias, en cuanto disponían que las canongías en las iglesias catedrales se proveyeran no

por favor ó influencias, sino por concurso y oposición; vale decir, actos que por sí solo bastarían para llenar un período completo.

Intentar seguirlo día por día, sería interminable y para apreciar en conjunto la ubicuidad de esos años de gobierno, recordaré, que se ocupó de niños y de hombres; de códigos y de escuelas normales y colegios nacionales; de planes de estudios para éstos y para la enseñanza superior del Derecho en la Universidad de San Carlos; de organizar el observatorio astronómico y el primer censo de población; de que se extendiera la red de telégrafos que pusieran al habla á las distintas ciudades de la República entre sí y con el extranjero; de formar los institutos especiales en que hicieran su aprendizaje técnico los aspirantes á oficiales de tierra y los marinos; que cuidó de la defensa nacional, llegando hasta el detalle del arma á usarse por el soldado; de la inmigración de la colonización, navegación de ríos y construcción de puertos; que veló por el crédito financiero del país, señalando término para la liquidación de las deudas pendientes de la confederación y de la guerra del Paraguay, proveyendo al pago de más de treinta millones de pesos, como saldo de los gastos de esta última; que abordó todos los problemas institucionales y de progreso social que estaban en debate en esa hora, y que como coronamiento dejó asentado el Gobierno nacional sobre alto é inconmovible pedestal al abrigo del alzamiento disolvente del caudillo.

Todo brotaba á un tiempo, con potencia de explosión que trae involuntariamente el recuerdo de edades antiguas, y renueva la visión del simbolismo de Hércules, con su maza en una mano y un niño en la otra.

Interrúmpenlo en su tarea estallidos revolucionarios, y abre un paréntesis para hacernos un bellísimo capítulo de psicología argentina en un mensaje en el que, remontándose á nuestra organización primitiva, explica «cómo la comunidad del peligro hacía soldados á todos, y la victoria prestaba autoridad al más valiente ó al más listo en dar el grito de alarma, atribuyéndose á sí mismo títulos jerárquicos militares y llegando á fundar gobiernos que tenían por base

la fuerza; por castigo, el degüello sin formas de juicio; por sostenedores, todos los instintos de muchedumbres ignorantes, que traen por transmisión hereditaria la barbarie del indio reducido y del conquistador que se estableció en las campañas vastas, y dejó de vivir en sociedad», agregando que «ningún Estado puede substraerse á las calamidades públicas con que lo sorprenden de vez en cuando causas lejanas que vienen de largo tiempo obrando, y que, así como los Estados Unidos experimentaron la más desoladora guerra civil, á causa de haber introducido sus padres, tres siglos antes, el trabajo de una raza esclava; los argentinos, á menos de aceptar la barbarie y el más espantoso retroceso, teníamos que luchar con nuestros propios hermanos, porque los primeros habitantes de este país eran salvajes, y mezclándose á nuestra estirpe europea, le inocularon la sumisión del bárbaro á sus caciques y caudillos, sus propensiones á la destrucción, su prescindencia indiferente de las formas de gobierno moderadas por leyes y usos civilizados».

Trasládase á Córdoba á inaugurar la Exposición Nacional, cuya formación había decretado, y en su himno soberbio, cantando el trabajo y la energía, aparecen también voces de doliente realidad contra la ignorancia y el abandono de un millón de brazos, ausentes de representación en ese torneo, escribiendo con tal motivo esta nota vibrante: «Cuando le oído (y hace cuarenta años que lo vengo oyendo), el grito siniestro de «¡Mueran los salvajes unitarios!», ó el estrépito de caballos en la Pampa, ó el clamor de los que quedan arruinados, ó el gemido de las víctimas, me ha parecido oir en esos desahogos de las pasiones, en esos lamentos de las desgracias, un grito más noble, más justo: «¡Dadnos educación, y dejaremos de ser el azote de la civilización!; ¡dadnos un hogar, y dejaremos de vagar por la inculta Pampa!; ¡dadnos una industria cualquiera, y nos veréis á vuestro lado, creando riqueza, en lugar de destruirla!».

Y después de esta intensa jornada al clausurar su Gobierno, en el último mensaje dirigido al Congreso, no satisfecho todavía de presentarle ese balance insuperable, le habla de lo que es aun urgente hacer para asegurar sólidamente la

nueva era comenzada, le subraya la falta de una política exterior, expresando que, si de la América del Norte salió el gran principio de la tolerancia religiosa, que adoptó al fin el mundo y que ha restañado el reguero de sangre que la humanidad derramó durante siglos, ¿por qué no podía salir de la América del Sur la supresión de la guerra en las relaciones recíprocas entre los nacientes Estados?, recordando que había propuesto al Gobierno argentino, como Ministro plenipotenciario, la celebración con los Estados Unidos de un tratado en que se eligiera de antemano un tribunal para juzgar cualquier cuestión que se produjera.

Nada escapó, pues, á la atención y cuidado de este Presidente despierto siempre y siempre vigilante de las necesidades de la República, como los Cónsules Romanos de la época clásica, y ningún mandatario argentino sintió y tradujo tan intensamente las solicitaciones de esos nobles institutos que, según la expresión de Royer de Collard, constituyen la porción divina del arte de gobernar.

V

La leyenda antigua completaba con el prodigio y la fábula la vida de sus héroes, así como los historiadores, según nos refiere Plutarco, llenaban sus descripciones, poniendo en los extremos de los países conocidos leyendas como esta: «de aquí adelante no hay sino arenales faltos de agua, pantanos impenetrables, ó hielos como los de la Escitia».

La vida rebosante de hazañas del nuestro no sólo excluye la fábula, sino que excede la narración; porque aun allá en las colinas pálidas del país de las sombras, si, como lo decía el poema griego, los muertos siguen haciendo lo que antes hacían: Minos, dictando sentencias; Aquiles esgrimiendo sus armas; Agamenón, empuñando su cetro; nuestro héroe, siempre infatigable, continuará dialogando con Jefferson y Franklin, sobre libertades y derechos, escuelas y talleres, máquinas é industrias.

Y, si las leyes que gobiernan á los pueblos nacen, según la expresión de Spencer, en parte, de las costumbres transmitidas por muertos vulgares, en parte, de las prescripciones dejadas por muertos eminentes, en parte, de la voluntad de vivos vulgares, en parte, de la voluntad de vivos eminentes, mezclándose estos elementos en proporciones variables, hagamos votos por que llegue cuanto antes la hora en que el pueblo argentino se liberte del influjo de vivos y muertos vulgares, y habrá adquirido, entonces, valor pleno esta bella frase que la muerte de Sarmiento inspiró á un noble periodista. «Sarmiento idea puede más en la tumba que en el mundo».

WSH# 20207

END OF
TITLE